De burgueses y disfraces

Eduardo Rojas Rebolledo *

Han pasado ya más de tres lustros desde que Balzac emprendiera su gran Comedia humana, y con ella una de las mejores disecciones del mundo burgués de la Francia posnapoleónica. Me resulta sorprendente la actualidad del ojo crítico del novelista, su habilidad y maestría para desnudar el egoísmo y la indiferencia; su frialdad para pintar la podredumbre de una clase social que perduraría en esencia hasta nuestros días. En *Una iniciación a la vida*, Balzac concluye con una descripción tan escueta como lograda, que me asombró por la validez que tiene hoy en día. Refiriéndose a su personaje principal, escribió: "Óscar es un hombre vulgar, pacato, sin pretensiones, modesto y que siempre, igual que su gobierno, se mantiene en un justo medio. No inspira envidia ni desdén. Es, en una palabra, el burgués moderno". Óscar es, sin lugar a dudas, el estereotipo de la inmensa mayoría de la actual población joven española. Como si el burgués de Balzac no hubiera experimentado —en más de siglo y medio— ningún cambio, la "nueva Europa", con su estabilidad económica lograda a costa de la ruina de otros muchos, ha convertido a una gran parte de sus habitantes en individuos de una dimensión que no se apartan ni un ápice del perfil de un Óscar decimonónico. España es un buen sitio para comprobarlo.

Cuatro años llevo viviendo en Santiago de Compostela, ciudad que no sólo presume de ser la capital gallega y de resguardar los restos del patrono de la hispanidad, sino que también presume y mucho —más de lo que debería— de contar con una de las universidades de mayor antigüedad y tradición. El buen prestigio de su universidad ha hecho de Santiago una ciudad estudiantil nueve meses del año, el resto es el hervidero más grande de turistas y peregrinos mal arrepentidos. Después de un tiempo de vivir en Santiago es fácil descubrir que el personaje "vulgar, pacato y sin pretensiones" de Balzac no se ha extinguido, sino que por el contrario, se ha reproducido con soltura.

Santiago de Compostela es el paraíso del desencanto. Un desencanto que se ahoga en los mil y un antros y bares que no descansan ni de día ni de noche, que se protege con el disfraz de la sórdida indiferencia y la máscara del egoísmo risueño. En una ciudad en que la población mayoritaria fluctúa entre los 20 y 39 años de edad, la inconformidad y el cambio deberían decorar todo rincón, pero no es así. Hay un vacío que no se sabe cómo llenar. Una vez resueltas (¡y tan bien resueltas!) las necesidades básicas, el tedio y la falta de ideales se traduce en retorcimientos mentales que sólo agrandan el vacío moral. Ya no se habla de "hijos de la chingada", sino de "individuos con problemas"; tampoco se está de malas sino que se tiene una crisis de ansiedad; y "una depresión existencial" es el equivalente de "una tristeza pasajera".

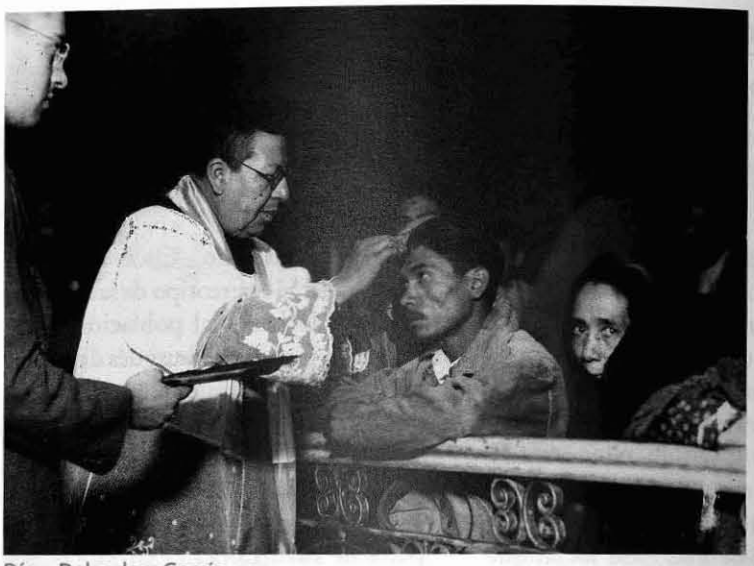
Sin embargo, en noviembre del año pasado, se sucedieron una serie de hechos que trastocaron la tediosa rutina santiaguesa y por algunos meses lograron que el desencanto y la indiferencia fueran patologías pasajeras.

Díaz, Delgado y García, AGN

* Escritor e historiador. Desde hace cuatro años reside en Santiago de Compostela, España

Creo que los atentados en Estados Unidos no sólo cambiaron nuestro concepto de lo espectacular y trascendental, sino que también enseñaron, y muy en directo, las nuevas vías y formas de la acción social: un velo nostálgico nos dice de lo arcaico e inoperante de las huelgas de hambre y de las marchas multitudinarias. A poco más de un mes de los atentados, el 21 de octubre, se celebraron las elecciones para la Presidencia de la Xunta de Galicia. Los resultados de dichas elecciones fueron tan fríos como contundentes: los gallegos negaron con su voto cualquier posible cambio en su anquilosado gobierno. Manuel Fraga[1] y los otros representantes del Partido Popular (que gobierna actualmente España desde la sucesión de Felipe González y es de clara tendencia derechista) ganaron por aplastante mayoría absoluta. Un balde de agua fría que demostraba lo lejano de un posible cambio. Tuvieron que pasar algunas semanas para que una protesta universitaria en toda España, moviese los hilos del tedio y, por primera vez en cuatro años, vi las calles de Santiago muy llenas de protestas, de asambleas, de griteríos fraternos y de inconformes; por fin había inconformes y se les escuchaba al unísono. En esos días no extrañé el Zócalo capitalino.

La comunidad universitaria de Compostela se sumó como protagonista de las acciones y protestas contra la nueva Ley Orgánica de Universidades (LOU).[2] Entre las nuevas modificaciones a la Ley Orgánica de 1983, cabe destacar los puntos de mayor trascendencia: la supresión del examen único de admisión para las universidades públicas; límites de admisión; cambios y restructuración en el sistema de becas y ayudas (sustitución por créditos); un tope porcentual del 49% máximo para la contratación de personal docente e investigador; autonomía a las universidades para determinar la cuantía de sus cuotas, y otras más con la misma tendencia privatizadora, sectaria y neoliberal. La ley fue aprobada por el Congreso y las Cortes sin pena ni gloria: cuando un partido cuenta con la mayoría absoluta, la democracia es otra vieja ilusión.



Díaz, Delgado y García, AGN

La primera huelga general se llevó a cabo el 7 de noviembre del año pasado y su convocatoria fue sorprendente. Los estudiantes y maestros de Compostela salían a la calle para defender su derecho a una educación igualitaria y justa; a berrear por unas instituciones educativas propias que no entraran en los moldes de la globalización. A la primera huelga le siguieron otras con aún mejores resultados. El movimiento contra la LOU creció con una agradable inocencia, sin banderas partidistas ni institucionales, sólo un *slogan*: "La defensa de la universidad pública".[3] Aunque hay que decir que más de la mitad de los inconformes no tenía ni idea de la citada ley, ni conocía a ciencia cierta sus repercusiones. Sin embargo, todos desempolvaron sus camisetas del Che, las banderas rojas con la hoz y el martillo, las guitarras de protestas, en fin: el viejo disfraz de papá.

La inocencia dura poco (un corto invierno, diría Sabina) y, ni tardo ni perezoso, el movimiento poco a poco se hizo pesebre de oportunistas, y "lo de siempre" sucedió: los disfraces de papá se volvieron a guardar y la indiferencia —con la misma rapidez con que por unos meses desapareció— volvió a ser la mejor máscara para la fiesta. Tengo la impresión de que con el estómago lleno se pierde mucho del ímpetu y la agilidad.

Hoy la pasividad es el telón de fondo de la cotidianeidad. En algunos quedan los frustrados sueños, y en otros, la mayoría, el recuerdo agradable de un espectáculo del cual formaron parte orgullosos. El Óscar de Balzac volvió a ocupar la barra de los mil bares.✣

1 Manuel Fraga Iribarne tiene 75 años, fue Ministro de Información y Turismo en la época franquista y desde hace doce años es Presidente de la Autonomía de Galicia y Presidente del Partido Popular gallego. Cuando termine su cuarto periodo habrá gobernado Galicia durante 16 años.

2 El proyecto de ley fue aprobado por el Congreso de los Diputados el 27 de julio de 2001 y el 20 de diciembre fue ratificado por las Cortes Generales, entrando en vigor este año. La ley fue aprobada por mayoría.

3 Decir universidades públicas no implica que sean gratuitas. En la Universidad de Santiago se paga actualmente al año para licenciatura entre 500 y 600 dólares, y en algunos posgrados se llega a pagar entre 1500 y 2000 dólares anuales.